

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
ARTURO



minotauro

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
3
ARTURO

minotauro

Ciclo Pendragon n.º 03/06 Arturo

ARTHUR: #3 PENDRAGON CYCLE

© 1989 by Stephen Lawhead

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Revisado por: El Taller del Llibre

ISBN: 978-84-450-1894-1

Depósito legal: B. 13.929-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

*Para Alice,
pues su trabajo y su amor
igualaron a los míos*



Arturo no es un rey apropiado. Hijo bastardo de Uther, peón de Merlín, es de baja cuna y más bien estúpido. Un ser lascivo, mezquino y cruel. Glotón y borracho. Es una persona totalmente incivilizada. En pocas palabras, una bestia resentida e ignorante.

Todo esto y muchas otras cosas es lo que la gente dice de Arturo. Que hablen...

Cuando todas estas palabras hayan sido pronunciadas y los argumentos se agoten y se hundan en el silencio, este simple hecho es el que permanecerá: seguiríamos a Arturo hasta las mismas puertas del infierno y más allá si nos lo pidiera. Y ésta es la única verdad.

Mostradme a otro que pueda presumir de tal lealtad.

«*Cymbrogi*», nos llama compañeros de alma, hermanos *cymry*.

¡*Cymbrogi*! Somos su brazo armado, su escudo y su lanza, su espada y su yelmo. Somos la sangre que corre por sus venas, el nervio vigoroso de su cuerpo, el hueso que se oculta bajo la carne. Somos el aire en sus pulmones, la luz en sus ojos y la canción que asoma a sus labios. Somos la comida y la bebida que hay en su mesa.

¡*Cymbrogi*! Somos el cielo y la tierra para él. Y Arturo es todas estas cosas para nosotros... y aún más.

Reflexiona sobre esto. Medítalo con cuidado. Sólo entonces, quizás, empezará a comprender el relato que voy a contarte.

¿Cómo no? ¿Quién, aparte del mismo Emrys, sabe tanto como yo? Aunque no soy un bardo, merezco que se me escuche. Conozco a Arturo como muy pocos lo conocen; somos muy parecidos, después de todo. Ambos tuvimos un nacimiento dudoso, ambos somos príncipes no reconocidos por nuestros padres, ambos nos hemos visto obligados a vivir sin clan y sin familia.

Mi padre fue Belyn, Señor de Llyonesse. Mi madre una criada en el palacio del rey. Muy pronto comprendí que no recibiría nada de mi padre y que debía abrirme paso por mí mismo en la vida.

Apenas si era un muchacho cuando Myrddin aceptó hacerme su criado, pero no he lamentado ni un solo día de los pasados a su lado. Incluso durante aquellos años interminables de su locura, cuando registré los lugares más recónditos del vasto Celyddon, no deseé otra cosa que volver a ser lo que había sido: criado y compañero de Myrddin Emrys, Gran Bardo de la Isla de los Poderosos.

Yo, Pelleas, príncipe de Llyonesse, lo contaré todo tal y como lo he visto... Y he visto mucho.

—¿Estás seguro, Myrddin? —susurra Arturo, lleno de ansiedad—. Todo el mundo está mirando. ¿Qué sucederá si no funciona?

—«Funcionará», como dices tú. Límitate a hacer lo que te he dicho.

Arturo asiente sin entusiasmo y avanza hacia la enorme piedra angular donde está la espada. Hace frío, empieza a oscurecer, y del cielo crepuscular caen algunos diminutos copos de nieve que revolotean en el aire antes de depositarse sobre el enlosado suelo de piedra a nuestros pies. El aliento que dejamos escapar forma pequeñas nubes sobre nuestras cabezas.

Es la víspera de la Misa de la Natividad, y los señores de Inglaterra se han reunido en Londinium para celebrar Consejo —como hacen casi todos los años— con el propósito de intentar descubrir quién de entre todos ellos podría convertirse en Supremo Monarca.

Han pasado quince años desde que se colocó allí la espada. El otrora pulido acero está ahora oxidado; la piedra erosionada y manchada por el tiempo; pero la amatista de la empuñadura tallada en forma de águila todavía brilla con su fuego imperial inmutable.

Es la espada de Macsen Wledig. La Espada de Inglaterra. El Emperador Maximus poseyó la espada en una ocasión; y Constantino, Constantians, Aurelius, y Uther después de él, cada uno de ellos Supremo Monarca de Inglaterra en su momento.

Sí, han pasado quince años desde aquel primer Consejo. Quince años de oscuridad y de luchas incesantes, de disensiones, decepciones y derrotas. Quince años durante los cuales los saecsen se han vuelto otra vez fuertes. Quince años a través de los cuales un niño se ha hecho hombre.

Ahora convertido en un joven, contempla con expresión torva la espada hundida en la piedra...; vacilante, indeciso.

—Tómala, Arturo —le dice Merlín—. Estás en tu derecho.

Arturo extiende la mano despacio hacia la empuñadura de bronce. La mano le tiembla. ¿Frío? ¿Temor? Un poco de ambos, posiblemente.

Sujeta la empuñadura y mira a Merlín, quien asiente en silencio. Baja la mirada y aspira con fuerza, se da ánimos, preparado ya para enfrentarse a lo que sea.

Los dedos de Arturo se cierran con fuerza sobre la empuñadura trenzada de plata: ¡con qué naturalidad encaja en su mano! Tira de ella.

La Espada de Inglaterra se desliza con suavidad fuera de su funda pétrea. La facilidad con que lo consigue se refleja en la sorpresa pintada en los ojos del joven. La verdad es que no puede creer lo que ha hecho. Ni tampoco alcanza a comprender cuál es su significado.

—Bien hecho, Arturo. —Merlín avanza hacia la piedra y se coloca al lado del muchacho, y Arturo, con un gesto espontáneo, le ofrece la espada—. No, hijo —le dice con dulzura—, realmente es tuya.

—¿Qué debo hacer? —La voz de Arturo tiembla, su tono se eleva—. ¡Myrddin, debes decirme qué debo hacer! De lo contrario, estoy perdido.

Merlín coloca una mano pacificadora sobre su hombro.

—¿Por qué tienes miedo, hijo mío? Siempre he estado contigo. Y si el Señor lo quiere, siempre será así.

Y ambos se dan la vuelta y penetran en la iglesia.

Sí, siempre hemos estado a su lado, es cierto. No puedo recordar un día en que no fuera así. Pero a pesar de todo, resulta difícil, muy difícil no creer que el joven que está de pie en el umbral de la iglesia no ha surgido ya como un ser adulto de la caverna de una colina o de un estanque encantado del Bosque de Celyddon.

El que Arturo no haya existido siempre, me resulta extraño. Como el viento en los páramos y las estrellas de las frías noches de invierno, sin duda ha vivido siempre... y siempre seguirá así.

Arturo, con sus penetrantes ojos azules y los cabellos de oro bruñido, su pronta sonrisa y esa expresión franca. De espaldas anchas y fornidas, de piernas largas, se eleva por encima de los otros hombres y, aunque aún no conoce el poder de su estatura, se da cuenta de que hombres de menor talla se sienten incómodos cerca de él. Todo él es hermoso; da gusto contemplarlo.

La impetuosidad natural de las colinas norteñas se adhiere todavía a él. Es como un potro sin domar al que se ha colocado entre humanos: curioso, cauteloso, ansioso por descubrir el origen de las extrañas delicias que despiertan sus sentidos. Es inmaduro e inexperto, pero promete ser grande.

Cuando penetra en una sala, las miradas se dirigen de forma natural

hacia él. Aquellos que cazan con él, de repente se encuentran discutiendo sobre quién cabalgará a su derecha. Ya ahora, los hombres se sienten atraídos hacia él; ése es su patrimonio.

—Adelante, Arturo —lo insta Merlín, al ver que Arturo vacila en el umbral—. Es el momento.

No poseo la visión de un profeta; no puedo ver lo que sucederá. Pero, al escuchar las palabras de mi señor, veo de nuevo todo lo que ha sucedido hasta llegar este momento..., veo ahora a Arturo tal y como lo vi la primera vez.

Una criatura casi desnuda, vestida tan sólo con una túnica corta y sucia, un sinnúmero de hojas y pedazos de paja enredados entre sus largos rizos dorados, que avanzaba tambaleante sobre unas piernecitas que parecían pequeños tocones de árbol, los ojos brillantes y llenos de picardía. En cada una de sus manos gordezuelas sujetaba a un gato bastante crecido.

Casi no era más que un bebé, pero así a aquellos dos gatos grises por el cuello y los balanceaba en el aire por encima del suelo. Ambos animales, siseantes, bufaban y se retorcían mientras le arañaban los brazos y Arturo reía. Contemplamos el espectáculo con asombro. El chilillo soportaba impertérrito el ataque de sus zarpas y reía lleno de felicidad.

Se dice que el hombre se forja en el molde del niño.

Pues bien, mi señor y yo estábamos allí sobre nuestros caballos, mirando, y esto es lo que vimos: a un joven y salvaje Arturo, lleno de vida y alegría, indiferente al dolor, poseedor ya de una impresionante fuerza y una aún más impresionante voluntad.

Merlín sonrió y alzó la mano para anunciar:

—¡He aquí al Oso de Inglaterra!

Luego meneó la cabeza y suspiró:

—Un osezno travieso, fíjate. No obstante, se le debe enseñar, como a todo animal joven. Nos espera una buena tarea, Pelleas.

¡Ya lo creo que fue una buena tarea!



El interior de la iglesia resplandecía con la luz de cientos de velas. Reyes y señores se arrodillaban sobre el desnudo suelo de piedra ante el enorme altar, las cabezas inclinadas, mientras el obispo Urbanus leía el texto sagrado con voz sonora y monótona. Así arrodillados, aquellos altivos señores parecían la viva imagen de la humildad y la reverencia. Era bueno, por cierto, que estuvieran arrodillados.

Entramos en silencio. Arturo sujetaba la espada en la mano como si fuera algo vivo que pudiera revolverse contra él y morderlo; como si fuera una ofrenda y él el penitente que la conducía con sumisión al altar.

Con los ojos brillantes bajo aquella luz trémula, se pasó la lengua por los labios resecos y avanzó hasta la parte central, volvió la cabeza y, con una última mirada por encima del hombro a Merlín, empezó a andar por la larga nave soportada por columnas en dirección al altar.

Urbanus levantó la vista, al tiempo que Arturo se acercaba; vio al joven que avanzaba decidido hacia él y arrugó la frente enojado. Entonces reconoció la espada y se quedó petrificado de asombro.

Las cabezas inclinadas se alzaron al dejar el obispo de leer. Los señores allí reunidos vieron la expresión del clérigo, y se volvieron como un solo hombre para ver qué era lo que lo había interrumpido.

Se encontraron con Arturo allí, en medio de todos ellos, empuñando la espada.

¡Sus rostros! Casi me fue posible leer sus pensamientos cuando lo contemplaron con ojos desorbitados: «¿Qué? ¡La espada! ¿Quién es este advenedizo? ¿De dónde ha salido? ¡Miradlo! ¡Un salvaje de la región norte! ¿Quién es?».

Todavía veo la escena: el asombro da paso a la cólera. Sus ojos adquieren una expresión furiosa.

Se pone en pie, la misa queda olvidada. Nadie habla. Sólo se escucha el seco restregar de las botas de cuero sobre la piedra.

Es el silencio que precede a la tormenta.

De repente, ésta estalla: el trueno hace su aparición tras el vivo fogonazo del rayo.

Se produce un clamor de voces que preguntan y exigen con enfado. Las manos entran en acción: codiciosas, los puños crispados, moviéndose en dirección a los cuchillos. Los cuerpos se mueven, se abalanzan hacia adelante, lo rodean, amenazadores.

¡Pero maravilla de maravillas, Arturo ni siquiera parpadea! Se mantiene firme con expresión torva mientras los señores de Inglaterra lo rodean. Veo cómo sus hombros y su cabeza sobresalen por encima del resto. Está más perplejo que preocupado o asustado.

Le gritan:

—¡Usurpador!

Exigen saber su nombre y su linaje. «¡Engaño!», exclaman. «¡Perfidia! ¡Fraude!».

Aúllan como cerdos escaldados. El sagrado santuario se ha convertido en un torbellino de rencor y miedo, y Arturo permanece de pie y en silencio en su centro, impasible e inmóvil. Es una efigie esculpida en piedra, y los nobles son danzantes que se retuercen.

¡El odio! El odio que exudan es como el calor de un horno. Es el choque de una lanza, el golpe de un puño agresivo. Es el veneno que suelta una víbora.

Intento llegar hasta Arturo. No sé en qué forma puedo ayudarlo, pero debo estar junto a él. Sin embargo, la muchedumbre que lo rodea es como una muralla. Me es imposible alcanzarlo.

Arturo se encuentra solo en medio de la furia que su aparición ha provocado.

Se alzan espadas en el aire; relucen los cuchillos. Estoy seguro de que matarán al muchacho. Antes colocarán su cabeza en una estaca que doblar la rodilla ante él. Ha sido un gran error traerlo.

Urbanus, los brazos alzados sobre su cabeza y agitando las manos, se abre paso. Su rostro está pálido como el de un muerto, su voz se eleva pidiendo tranquilidad, orden, pero nadie lo escucha. No quieren escucharlo. Una mano surge de improviso y empieza a chorrear sangre de la nariz del obispo. Urbanus retrocede con un grito ahogado.

La muchedumbre se acerca más.

—¡Matémoslo! ¡Matemos al usurpador!

Es un canto de muerte.

Los ojos de Arturo se tornan grises y duros. Su cabeza se inclina. Su

mano se cierra con más fuerza alrededor de la empuñadura de la espada. Ha dejado de ser una ofrenda, de nuevo es un arma, y la utilizará.

—¡Matémoslo!... ¡Matémoslo!... ¡Matémoslo!

El clamor es horroroso. La multitud sigue aproximándose.

Mi espada está dispuesta. ¿Dónde está Merlín?

¡Padre Nuestro! Todo esto es un terrible error. Somos hombres muertos.

Y entonces, justo cuando empiezo a levantar mi espada para abrirme paso hasta Arturo, se escucha un sonido como de un viento de tormenta, la ráfaga de un poderoso vendaval marino. Los hombres se echan hacia atrás, repentinamente asustados. Se cubren la cabeza con los brazos y escudriñan la oscuridad del techo. ¿Qué sucede? ¿Se cae el techo? ¿El cielo?

El extraño ruido amaina y se miran unos a otros atemorizados. Merlín está ahí. El Emrys está de pie junto a un Arturo muy tranquilo. Sus manos están vacías y levantadas, el rostro severo en medio del sobrenatural silencio que ha creado...

No terminó allí. La verdad, ni siquiera había empezado.

—¡Ya es suficiente! —proclamó Merlín, como un padre que se dirige a unos chiquillos desobedientes—. No va a matarse a nadie en esta noche santa.

Los nobles murmuraron asustados, mirando a Merlín con desdén y desconfianza. Hacía que se sintieran pequeños y asustados, y eso no despertaba su cariño por él.

—¡Tú has hecho esto! —gritó alguien.

El rey Morcant de Bulgarum se abrió paso por entre el gentío.

—Te conozco. Esto es uno de tus trucos, hechicero.

Merlín se volvió para mirar al rey. Los años no habían conseguido aplacar el espíritu de Morcant. El ansia de obtener el Trono Supremo ardía en su vientre con la misma fiereza de siempre. Fue Morcant —junto con Dunaut y Coledac— el que causó tantos problemas a Aurelius y a Uther. Dunaut estaba a buen recaudo en su tumba, y su reino lo gobernaba Idris, un joven pariente, y Coledac gobernaba ahora las ricas tierras de Icení que Aurelius había recuperado para él de los saecsen. En consecuencia, Coledac estaba dispuesto a considerar a Arturo desde una óptica más benevolente.

Pero Morcant, más poderoso que nunca, seguía obstinado en conseguir el Trono Supremo, y no pensaba dejarlo escapar sin lucha. Y su hijo Cerdic había heredado la ambición de su padre. Cortado por el mismo patrón, el joven, no mucho mayor que el mismo Arturo, se veía ya adorando el trono.

—Te reconozco, Morcant —repuso Merlín—, y sé lo que eres.

—¡Embaucador! —se mofó Morcant—. Se necesitaría más que tus hechizos para convertir en rey a este cachorro de furcia.

Merlín sonrió, pero sus ojos se endurecieron.

—Yo no lo convertiré en rey, Morcant. Estos nobles aquí reunidos lo harán, y por su propia voluntad.

—¡Jamás! —Morcant lanzó una amarga carcajada—. Por mi vida que eso no sucederá.

Se volvió hacia los que lo rodeaban, buscando aprobación a sus palabras. Algunos se la dieron abiertamente, otros se mostraron más indecisos, pero en general todos estuvieron de acuerdo con él.

Envalentonado por su apoyo, Morcant pasó al ataque.

—No conocemos a este muchacho; no es ningún rey. ¡Miradlo! Es dudoso incluso que sea de noble cuna. —Indicó la espada con un despectivo movimiento de la mano—. ¿Esperas que creamos que la espada que empuña es la auténtica Espada de Inglaterra?

—Eso —respondió Merlín con calma— puede comprobarse con facilidad. No tenemos más que salir al patio para ver la piedra vacía de la que la ha sacado.

Morcant no estaba nada dispuesto a darle la razón a Merlín, pero ya que había sido él quien había sacado a relucir la cuestión, ahora no podía volverse atrás.

—Muy bien —dijo—, veamos si ésta es la espada auténtica o no.

La muchedumbre, los nobles y todos los demás, gritándose unos a los otros, se abrieron paso a empujones para salir de la iglesia y llegar al oscuro patio, donde incluso bajo la vacilante luz de las antorchas todos pudieron ver claramente que la enorme piedra estaba, en verdad, vacía.

Esto convenció a unos cuantos, pero no a Morcant.

—Me gustaría ver con mis propios ojos cómo la saca —declaró, firme en su convicción de que era del todo imposible que Arturo la hubiera sacado, y que de ninguna manera podría repetir este milagro—. Que la vuelva a colocar —desafió Morcant—, y la saque otra vez si es que puede.

—¡Que la vuelva a colocar! —gritó alguien en la muchedumbre, y otros gritaron también—: ¡Vuelve a colocarla! ¡Que la vuelva a colocar!

A una señal de Merlín, Arturo se acercó a la piedra y volvió a colocar la espada, la dejó allí por un momento, luego la sacó de nuevo con la misma facilidad que antes.

—¡Ja! —se jactó Morcant—, ésa no es una auténtica prueba. ¡Una vez que el hechizo se ha roto, cualquiera puede sacar la espada!

—Muy bien —repuso Merlín terminante. Se volvió hacia Arturo—: Vuelve a colocar la espada.

Arturo lo hizo y luego se apartó a un lado.

Con una sonrisa perversa, Morcant sujetó la espada con ambas manos y tiró. El gran rey gruñó e hizo grandes esfuerzos. El rostro se le oscureció y los músculos parecieron a punto de estallar a causa de la tensión, pero la espada estaba tan clavada como lo había estado siempre. No había forma de moverla. Se echó hacia atrás, derrotado.

—¿Qué encantamiento es éste? —gruñó, mientras se frotaba las manos.

—Si es un encantamiento —le dijo Merlín—, es un encantamiento divino y nada tiene que ver conmigo.

—¡Embustero! —aulló Morcant.

Otros muchos se agolparon alrededor de la piedra e intentaron extraer la espada. Pero, al igual que antes, la Espada de Inglaterra permaneció bien clavada en la piedra angular. Nadie de entre los grandes de la Isla de los Poderosos podía sacarla, tan sólo Arturo.

Cuando todos lo hubieron intentado y fracasado, el rey Morcant bramó:

—¡Esto no demuestra nada! No dejaré que la noche me engañe. ¡Lo que yo digo es que saque la espada a plena luz del día! Entonces estaremos seguros de que todo es como debe ser.

Morcant no creía tal cosa, desde luego. Simplemente quería retrasar la prueba un poco más, con la vana esperanza de que quizá podría descubrir una forma de conseguir la espada.

Merlín estuvo a punto de desafiar a Morcant en esto, pero Urbanus hizo su aparición, con la sagrada cruz en alto, y suplicó a todos los allí reunidos en nombre de Jesucristo que pospusieran la prueba hasta la mañana siguiente.

—Mañana es la Misa de la Natividad —dijo el obispo—. Entrad en la iglesia y orad al Soberano de todos los hombres, para que en su gran misericordia nos muestre mediante algún milagro quién deberá ser, más allá de toda duda, el Supremo Monarca.

Para algunos, aquello era la sensatez personificada. Me di perfecta cuenta de lo que Merlín pensaba de aquel plan. Casi me parecía oír su desdeñosa réplica: «¡Por Dios Todopoderoso, si ya hemos tenido nuestro milagro! ¿Cuántos más necesitaréis para creer?».

Pero, ante mi sorpresa, Merlín asintió con gran cortesía.

—De acuerdo —replicó—. Reunámonos de nuevo aquí mañana y veamos qué hace Dios.

Dicho esto, se dio la vuelta y empezó a alejarse. Arturo y yo lo segui-

mos, dejando a la muchedumbre contemplándonos boquiabierta a la luz de las antorchas.

—Myrddin, ¿por qué? —inquirió Arturo tan pronto como estuvimos lejos de la iglesia. La callejuela estaba oscura y mojada a causa de la nieve derretida—. Podía hacerlo de nuevo: estoy seguro de ello. Por favor, Myrddin, déjame.

Merlín se detuvo en medio de la calle y se volvió hacia Arturo.

—Sé perfectamente que podías hacerlo. La verdad es que podrías sacar la espada cincuenta veces, o quinientas. Sin embargo, eso no sería suficiente para ellos. De esta forma les damos algo en qué pensar. Deja que pasen la noche preocupados por ello, y a lo mejor mañana verán las cosas de distinto modo.

—Pero mañana Lord Morcant podría... —empezó a decir Arturo.

—Morcant ha tenido quince años para encontrar una forma de vencer a la espada, o quitarle todo su significado —explicó Merlín—. Una noche más no cambiará nada.

Proseguimos la marcha. Nuestro alojamiento no estaba lejos del templo y no tardamos en llegar. Arturo permaneció en silencio hasta que llegamos a la puerta.

—Myrddin, ¿por qué me has traído aquí de esta forma?

—Ya te lo he dicho, muchacho. Es hora de descubrir en qué te convertirás.

—Eso no es una respuesta. Sabías lo que sucedería. Sabías que habría problemas esta noche.

—Entra, Arturo. Hace frío.

—No —se negó Arturo, tajante—. No hasta que me lo digas.

Merlín suspiró.

—Oh, muy bien, te lo diré. Ahora entremos. Gradlon ha encendido un fuego. Beberemos un poco de su vino, y te contaré todo lo que puede contarse.

Penetramos en la casa, donde, tal y como Merlín había dicho, Gradlon el comerciante de vinos había encendido un buen fuego. Siguiendo el estilo elegante del antiguo Londinium, había sillas junto al fuego, una pequeña mesa de patas largas sobre la que descansaba una bandeja con copas de plata, y una hermosa jarra de cristal llena de vino de un color rojo como el rubí.

A Gradlon no se lo veía por ninguna parte, ni tampoco parecía haber por allí ninguno de sus criados.

—Veré si hay alguien —dije, y fui a investigar.

Las habitaciones de la planta baja estaban vacías, en el piso superior había dos habitaciones: una era la de Gradlon. La otra la utilizaba

como pequeño almacén y un lugar donde llevar a cabo su contabilidad. Gradlon no estaba en ninguna de las dos habitaciones. La casa estaba vacía.

Regresé a la habitación donde estaba la chimenea. Merlín y Arturo se habían instalado frente al fuego, y había tres copas en el hogar, calentándose.

—No hay nadie en la casa —informé.

Merlín meneó la cabeza.

—No obstante, preparó nuestra bienvenida. Sin duda lo llamaron y no tardará en volver.

Arturo se desplomó en su silla, sus grandes manos cruzadas sobre el pecho.

—Pensé que iban a por mí —murmuró—. Habrían acabado conmigo si no los hubieras detenido. Pero ¿por qué, Myrddin? ¿Por qué estaban tan furiosos? ¿Y dónde está Meurig? Y Ectorius y Cai: ¿dónde están? ¿Y Custennin y Bedwyr? Deberían estar todos aquí para apoyarme.

—Así es —asintió Merlín—. Pero se han retrasado. Puede que lleguen mañana. Puede que no.

—¿Qué? ¿No te importa lo que suceda? —La voz de Arturo se elevó estridente.

Merlín le replicó, paciente:

—¿Dudas de mí? Sólo digo lo que hay: o bien aparecerán mañana, o no aparecerán. Pero tanto si aparecen como si no, no hay nada que pueda yo hacer sobre ello.

Arturo lo contempló lúgubrementemente, pero no dijo nada. Me acerqué al fuego y vertí vino en las copas ya calientes; entregué una a Merlín y otra a Arturo.

—No te inquietes, Arturo —le dije—. Todo es como tiene que ser: como fue ordenado. Meurig y Custennin están enterados del Consejo de la Misa de la Natividad. Saben que va a celebrarse y vendrán.

Aceptó esto junto con el vino, y tomó un buen sorbo.

—Dijiste que me lo contarías todo. Estuviste de acuerdo. Bien pues. Estoy dispuesto a escucharlo ahora.

Merlín lo estudió con atención durante un momento.

—¿Lo estás en verdad? ¿Estás listo para escucharlo todo? No sé...

En la habitación no se escuchaba más que el crepitar de las llamas en la chimenea. Sentí cómo mi señor sopesaba las palabras con cuidado en su corazón y en su mente, probando cada una como se comprueba un saco para el grano antes de introducir en él el producto de la cosecha.

—Arturo —dijo Merlín por fin—, si te he ocultado algo, perdónalo.

me. Al parecer, el tiempo de los secretos ha pasado. El conocimiento debe conducirte ahora allí donde yo no puedo; pero te ruego que recuerdes que, lo que hice, lo hice como siempre lo he realizado todo..., con un solo y único propósito: servirte de la mejor manera posible.

El joven aceptó esto al instante.

—¿Porque sabías que un día sería rey?

—Precisamente. Porque sabía que serías rey un día.

—¿Por la espada? Pero yo creía...

—Y yo dejé que lo creyeras, Arturo. Créeme, no fue por falta de confianza en ti, sino por desconfianza en los otros. —Merlín se detuvo, recapacitó, dio un sorbo a su copa y siguió—: Esta noche fue una prueba, sí; pero no la prueba que tú pensaste que era. No te mostrabas simplemente digno de convertirte en rey...

—¿No?

—Te mostrabas ya como un rey, Arturo. El Supremo Monarca.

La frente de Arturo se arrugó mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad. Vi cómo daba vueltas a lo que le habían dicho, cómo luchaba por comprenderlo con claridad. No obstante, Arturo no dudó de que esto pudiera ser verdad; su propio corazón le dijo que era así.

El muchacho se quedó como aturdido, aunque sólo por un instante. Luego se puso en pie de un salto.

—¡Por eso es por lo que estaban tan furiosos! ¡Myrddin! Me odiaban por tener éxito allí donde ellos habían fracasado. El premio era mayor de lo que yo creía.

El joven esbozó una sonrisa, como si ésta fuera la solución a sus penas. La verdad es que ya había perdonado a los reyezuelos su traición. Era feliz una vez más.

Mientras se paseaba delante del fuego, su rostro realmente brillaba de alegría.

—El Supremo Monarca..., oh, Myrddin, es cierto. Sé que lo es. Soy el Supremo Monarca.

No obstante, su alegría duró poco, ya que incluso mientras la idea tomaba forma en su mente, Arturo se dio cuenta de las implicaciones de su recién hallada nobleza.

—Pero eso significa...

Puso cara larga; hundió los hombros. Tras haber estado en el *sumum* de la felicidad, ahora parecía totalmente abatido y desesperado.

—Vamos, siéntate, Arturo.

—¿Quién soy? ¡Myrddin, dímelo! ¿Quién soy yo para que me convierta en Supremo Monarca? Porque la razón me dice que no soy pariente de Ectorius... ni de Meurig, ni tampoco de Custennin.

Myrddin sacudió con suavidad la cabeza.

—No, no eres del linaje de Custennin, ni del de Meurig, ni tampoco del de Ectorius. —Se levantó y fue a detenerse frente a Arturo, colocando ambas manos sobre los hombros del joven—. Ha transcurrido mucho tiempo, Arturo. La Isla de los Poderosos ha estado sin Supremo Monarca durante demasiado tiempo.

—¿Quién soy, Myrddin? —susurró Arturo—. ¿Dime! ¿Soy el hijo del Pendragon?

—No, no de Uther. Tu padre fue Aurelius —respondió Merlín con sencillez.

—¿Aurelius?

—Sí, e Ygerne fue tu madre.

—¡La esposa de Uther! —Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—No es eso —aclaró Merlín suavemente—. Ygerne fue la esposa de Aurelius antes de serlo de Uther. Eres el hijo legítimo de Aurelius. No tienes de qué avergonzarte.

Esto era demasiado para que el joven lo comprendiera.

—Si no hay nada de lo que avergonzarse, ¿por qué se ha mantenido en secreto? ¡Y no digas que ha sido para servirme mejor!

—Para protegerte, Arturo.

—¿De Morcant?

—De Morcant, sí, y de otros como él. Ya has visto lo que pasó esta noche. Quise decírtelo cuando murió tu madre, pero eras demasiado pequeño. Ya es bastante difícil ahora; entonces aún lo habrías comprendido menos.

Arturo se congestionó.

—No me gusta esto, Myrddin. ¡Te digo con toda claridad que no me gusta nada todo esto! Si Ygerne era mi madre, ¿por qué...? —Lo adivinó antes incluso de terminar de hacer la pregunta—. Uther.

Merlín suspiró.

—Te pedí que recordaras que, lo que hice, lo hice por ti, Arturo. No había otra forma... No, puede que hubiera habido otro camino; no diré que no lo había. Pero, si existía, no me fue revelado. He actuado según se me dio a entender, Arturo. Nadie puede hacer más. —Extendió una mano en dirección al muchacho—. No te pido que lo apruebes. Sólo que lo comprendas.

El joven Arturo asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Merlín levantó la copa de Arturo y se la entregó. El muchacho la tomó y la sujetó entre ambas manos, los ojos fijos en sus profundidades.

—Bebe tu vino —le dijo mi señor—. Luego vete a la cama. No hablemos más de ello; ya se ha dicho suficiente por esta noche.

Arturo vació de un trago la copa, luego se dirigió a su aposento. Hice intención de acompañarlo, pero extendió la mano y me indicó con un gesto que me quedara. Deseaba estar solo.

Cuando se hubo marchado, dije:

—Tiene razón de estar enojado.

Merlín asintió.

—Hemos vivido con este momento en nuestras mentes durante años; esperando, orando para que llegara. Pero Arturo no ha sabido nada de ello hasta ahora. No debe extrañarnos que lo tome por sorpresa. No obstante, dale tiempo y se pondrá a la altura de las circunstancias. Ya lo verás, Pelleas.

Volví a llenar nuestras copas y Merlín vació la suya, rehusando que se la volviera a llenar.

—No, es suficiente. Vete a la cama, Pelleas. Pienso quedarme aquí un rato aún —dijo, y giró su silla hacia el medio apagado fuego—. Quizá regrese Gradlon. Me gustaría hablar con él.

Lo dejé con la mirada clavada en las rojas y doradas ascuas, registrando los innumerables senderos del Otro Mundo en busca de aquel que le brindaría sabiduría y coraje.

Necesitaríamos mucho de ambas cosas en el futuro.